

# Un sueño presente

Juan Pablo Murcia Muñoz

Desde muy pequeño pensé ser futbolista pues tuve una infancia muy relacionada con el fútbol. Mi papá me matriculó en una escuela de formación en la que comencé a desarrollar destrezas que poco a poco todos fueron notando. Esto pasó entre los 6 y 10 años de edad. A los 11 cambié de escuela; fui a la mejor de la ciudad que se llamaba Cerro Porteño; además de ser la primera de Buenaventura, está entre las mejores del Valle.

Comencé a desarrollar mejores técnicas de pegada, recepción, anticipación y coordinación dinámica. Haber adquirido este tipo de habilidades, me abrió muchas puertas en equipos que nunca pensé fuera a gustarles mi estilo de juego. Con Cerro Porteño ganamos torneos en Buenaventura, Cali, Cartago, Palmira y Buga.

Después de varios triunfos, a mis 13 años me llamaron a la selección del municipio para representarlo en los juegos departamentales. En estos, vivimos momentos buenos y malos; un ejemplo de buenos momentos fue cuando jugamos en el Pascual Guerrero contra Ginebra ya que además de ser un partido decisivo, era un preliminar América - Cali (para poder pasar a segunda ronda).

Los 11 titulares estábamos con nervios aunque con ganas de saltar al campo y llevarnos la victoria. Cuando llegamos al estadio, todavía estaba vacío, pero cuando salimos de los camerinos... quedamos asombrados por la cantidad de gente que había asistido. Por supuesto, fueron al clásico y no a vernos a nosotros; a excepción de los papás de muchos que siempre nos acompañaban en nuestros viajes.

Cuando nos paramos en la grama a esperar que el árbitro diera el pitazo inicial, todos nos mirábamos las caras y gritábamos dándonos ánimos para poder sacar un buen resultado. El árbitro miró su reloj y dio el pitazo. El partido comenzó con un manejo de balón a favor nuestro más o menos hasta los 15 minutos del primer tiempo, debido a que por la altura, muchos estábamos agotados. Por eso, el rival nos sacó ventaja y al minuto 24 nos hicieron el primer gol y al minuto 32, el segundo. Al ver esto, nuestro D.T (director técnico) se paró del banquillo y comenzó a reprendernos hasta el punto que nos motivó y pudimos descontar con un gol en el minuto 38 para irnos al descanso con una chispa de fuerza.

En el camerino el D.T nos dijo 3 cosas:

1. Todo lo que les decía en los entrenos no era por molestar, ustedes lo están viendo hasta ahora, con el resultado del partido.
2. Espero que ahora salgan y le den la vuelta al marcador porque sé que pueden, y tienen mejor fútbol que los de Ginebra.
3. Tenemos que dejar en alto el nombre de Buenaventura, yo veré muchachos, ustedes están representando su municipio y tienen que hacerse respetar.

De nuevo fuimos los mismos 11 a la cancha, todos con más ganas y más enfocados en la meta. Arrancó el segundo tiempo, primeros 10 minutos de nuestro rival; en un mal pase de ellos, uno de nuestros rápidos delanteros robó el balón y arrancó con todo hacia la portería rival. Salió el arquero para achicarlo pero David (delantero) es muy bueno para el mano a mano y consiguió el empate. A los 24 minutos, un compañero cometió una falta dentro del área y por supuesto, penalti indiscutible; nuestro gran arquero fue la figura del encuentro al atajar el penalti, reaccionar con un buen saque largo y marcar el tercer gol que sentenció el partido y nos dio el paso a la segunda ronda.

También vivimos momentos de tristeza cuando nos eliminaron de este torneo, en Tuluá, en un partido apretado. Pero cualquiera gana con los árbitros de su lado. Después de este torneo, se acabó la selección y cada uno de nosotros tomó rumbos distintos. Yo acababa de cumplir 15 años y estaba terminando de cursar décimo. En esa época, en Buenaventura crearon un Equipo llamado PACÍFICO FÚTBOL CLUB, que participa en el torneo Colombiano pero en Subcategoría B.

Necesitaban jugadores para sus categorías inferiores, que eran sub-19; teniendo en cuenta que yo tenía 15 años recién cumplidos, me presenté a las pruebas y quedé en el equipo. Luego de 8 meses de entrenamiento a gran ritmo, tuve que dejar de entrenar porque estaba perdiendo el grado Undécimo. Suspendí el entrenamiento aproximadamente dos meses; durante este tiempo presenté entrevistas y exámenes en diversas universidades buscando un cupo para entrar a estudiar Medicina. Lo conseguí en la Universidad Javeriana de Cali, hecho que causó emotividad a mis padres y cierta felicidad e impotencia en mí.

Cuando volví a las canchas, el D.T del equipo en el que estuve entrenando me tenía una sorpresa. Me dijo que algunos equipos me querían, entre ellos, Cali, América, Santa Fe, Nacional y Tolima. La mayor sorpresa fue que la Selección Colombia sub-17 quería a dos integrantes del equipo entre los cuales estaba yo. En ese momento, lloré. Por un lado, me sentía feliz ya que tenía mi futuro y el sueño de toda mi vida al frente, pero por otro, ya me habían matriculado en la Pontificia Universidad Javeriana, donde estoy estudiando Medicina.

No estoy en esta Carrera únicamente por complacer a mi papá sino porque también ésta ha sido uno de mis sueños desde pequeño. Y la verdad, ahora me siento muy feliz. De no ser así, estaría entrenando con alguno de nuestros buenos equipos del país o mejor aún, en cualquier parte del mundo.

Pasó cuarto de primaria, fui con mi equipo a jugar los intercolegiados nacionales en Medellín y ganamos una copa en el colegio Colombo Británico. Estuve en todos los partidos, fui a todos los entrenos, lo que hizo que me destacara ante el profesor y me escogiera como capitana del equipo mini (una categoría) del colegio. Emocionada y muy nerviosa, esperaba con ansias a que nombraran el deseado premio que ya lo veía con mi nombre.

Jamás me di por vencida. Luego de la decepción que sufrí cuando ni siquiera dieron premio a la Mejor Voleibolista de la primaria, me pregunté si había valido la pena todo el esfuerzo, el sudor y las

madrugadas. No pude terminar de pensar porque sabía que valía la pena, porque hacía lo que amaba, el único deporte en el que me destacaba.

Quinto de primaria pasó muy rápido y mi equipo subía de nivel cada vez más. Ya era reconocido ante los otros colegios como un equipo “duro” y bueno porque éramos, junto con el colegio CIDECA (Ciudad de Cali: Una escuela de bajos recursos que se destacan por sus excelentes jugadoras), las únicas invitadas a Medellín. Por fin escuché mi nombre, luego de que dudara porque otro niño era bueno jugando fútbol lo que lo hace más popular. Casi no me paro. Las piernas me temblaban. Todos miraban con asombro porque el niño futbolista no ganó.

Caminé todo el pasillo de la iglesia del colegio, mirando esos grandes vitrales porque no quería ver como la gente me miraba. Subí y con una sonrisa me dieron mi trofeo, el diploma y la medalla. La felicidad que disimulaba no me cabía en el cuerpo, la emoción y el orgullo eran infinitos. Esto me demostró que cuando quiero obtener algo, lo hago, así cueste mucho trabajo y el camino sea difícil. Al final la recompensa no tendrá comparación.